

Requido en "De esta y de aquellos tomos (V)"

Diálogos 5-38

Aquel desgraciado Augusto Pérez, á quien maté ó creí haber matado, ó, mejor dicho, á quien dejé morir ó creí haberlo dejado muerto, como saben los que hayan leído mi novela *Niebla*, volvíoseme á aparecer anoche en sueños — que es lo mismo que decir que soñé que se me aparecía, y es tropo bíblico — y se entabló entre nosotros este coloquio:

Yo.—¿Qué, has vuelto á la vida aun después de lo que me dijiste la última vez que te soñé?

EL.—No, no me soñó usted entonces, sino que le soñé yo á usted. Somos los soñados los que soñamos á nuestros soñadores.

Yo.—Déjate de metafísicas, Augusto, que los tiempos no están para eso.

EL.—Se equivoca, don Miguel, se equivoca. Nunca han estado los tiempos más en sazón para más metafísica. La metafísica es hija de la guerra. Las artes dicen que son hijas de la paz, y aun lo dudo.

Yo.—Sí, acabo de leer que la *Frankfurter Zeitung* dice que las gentes de Berlín se han hecho tranquilas é introspectivas, que se acuestan más temprano y que se está desarrollando allí un nuevo interés por la metafísica alemana. Y la revista inglesa en que lo leo — porque lo leo en una revista inglesa — recuerda cómo Fichte elucubraba al estrépito de los tambores napoleónicos y cómo Hegel concluía su *Fenomenología del Espíritu* mientras el ejército prusiano era destruido en Jena, al pie de las ventanas de su cuarto de estudio.

EL.—Pues bien; yo vengo de recorrer, como espíritu puro, los campos todos de batalla, todos los frentes, aquellos en que se pelea con el cañón y el fusil y la espada y la bayoneta, y aquellos otros en que se pelea con la pluma y con la lengua. Y también los frentes en que se pelea con el oro. Porque ahora todo es ya frente y todo es un solo frente. Vengo, como te digo, de recorrerlos y de haberme deslizado á las conciencias de los combatientes...

Yo.—¿De los que las tengan!

EL.—Todo combatiente tiene conciencia, y si no la tiene no es tal combatiente.

Yo.—¿Pues pocos infelices habrá á quienes han llevado allá, al campo de batalla, sin que sepan por qué ni para qué...!

EL.—Sí, como se lleva un cañón ú otro artefacto. Pero te digo que una vez allí les nace conciencia y hasta conciencia metafísica. Y cada uno da un por qué y un para qué á la guerra que se ve llevado á guerrear. Cada cual sabe, ó por lo menos cree saber, por qué y para qué pelea.

Yo.—¿Y por qué y para qué?

EL.—Cada cual hace su guerra.

Yo.—¿Pero es que hay más que una sola?

EL.—Sí, hay tantas como combatientes. Desde luego, cada nación, cada pueblo de los aliados entre sí, hace su guerra y busca en ella su propio y peculiar propósito; pero, además, cada partido político, cada secta religiosa, cada agrupación económica va tras su objetivo.

Yo.—¿Y la unión sagrada entonces?

EL.—La unión sagrada la de la guerra misma. Unense para conseguir la victoria, pero cada uno busque su victoria. Y cree ingenuamente que los otros le ayudan á conseguirla. El católico, por ejemplo, cree en Francia que, merced á la victoria francesa, conseguida con el concurso de los católicos, el catolicismo recobrará fuerza y se enderezarán entuertos jacobinos, y el jacobino cree otra cosa. Los individualistas están convencidos, ó creen estarlo, ó dicen que lo están, de que esta guerra es el fracaso del socialismo, mientras que los socialistas afirman que sólo se podrá soportar luego el peso de las deudas mediante una organización socialista de los Estados, y ven el anuncio de ello en las medidas que los Estados beligerantes están tomando. Los demócratas se complacen en creer que la victoria será una victoria de la democracia y del sistema representativo y parlamentario, y los imperialistas que ha de ser el triunfo del imperialismo. Los unos creen que Inglaterra saldrá de la lucha, aunque venza, germanizada, y los otros que Alemania, aunque no sea derrotada, saldrá anglicanizada. Y hasta en el orden literario unos esperan la vuelta del romanticismo que siguió á la caída de Napoleón y los otros la vuelta del clasicismo del siglo XVIII. Y cada cual pelea por su causa, creyendo que sus aliados le hacen el juego en ella. Con eso de la unión sagrada ocurre que el católico cree que se le da al jacobino y éste á aquél, el burgués al socialista y el socialista al burgués, el demócrata al imperialista y el imperialista al demócrata. El ejército profesional cree que se está sirviendo del pueblo armado y el pueblo armado cree que se sirve del ejército profesional. Cada uno cree hacer su juego y todos están haciendo el juego del supremo, eterno é infinito maese Pedro.

Yo.—No seas irreverente y hasta impío, Augusto; mira que...

EL.—¿Qué?

Yo.—Que dejo de soñar

EL.—Eso será, amigo don Miguel, lo que tase un sastre. No basta que no quiera soñarme si yo me empeno en ser soñado y en ser soñado precisamente por usted. ¿O es que cree usted haber escrito aquel relato de mi vida metafísica á que llamó *Niebla* porque le dió la gana, y así, sin más ni más? No, no y no. Y yo, y no usted, sé por qué le escribí, y yo, el sueño, y no usted, sé por qué ha tomado en esto de la guerra la posición que ha tomado y por qué se ha convertido en un apóstol y profeta del antigermanofiliismo español. La guerra está exaltando á todos y sacándoles lo que le tenían más dentro de sí; la guerra está metafisicando á todos.

Yo.—¿Pero es que exaltarse es metafisicarse? Yo creía que fuese más bien todo lo contrario.

EL.—¿Pues no! La metafísica no es más que otra forma de la exaltación poética, del rapto, del arrobó. Y todo ello no es sino acce-

lerar el ritmo de la vida espiritual. Y al acelerarlo, lo ahonda. Tan violentamente, tan de prisa va la corriente del espíritu, que llega á las más profundas aguas, á esas aguas que suelen estar quietas y como muertas en el curso ordinario de la vida, y agitan el lecho mismo del cauce del alma arrastrando las piedras que en él yacen. Inmóviles cantos rodados, ideas y sentimientos péticos que descansaban hace siglos antes de que éstas tomaran conciencia de sí y del mundo al encarrar en nuestros cuerpos, se ven ahora arrastrados por la torbellinosa corriente de la guerra. Y éste es un tremendo examen de conciencia. Cada cual se está descubriendo á sí mismo.

Yo.—Pero no para cambiar acaso...

EL.—¿Claro que no! Para hacerse más él; para ser más él. Y eso es, en cierto modo, cambiar también.

Yo.—Pero es que ahora hay quienes abdican de sí mismos, quienes fingen, quienes mienten...; hay hipócritas...

EL.—Lo parecen. Y lo que en realidad hay es que las almas sin quicio buscan uno cualquiera y se agarran al primer palo que encuentran entre los remolinos de las corrientes. Hasta los más impersonales buscan personalidad, y la encuentran, aunque sea pegadiza y de prestado. Hasta los limacos buscan concha y se meten en la de cualquier caracol que hubiese muerto. Todos necesi-

tan armadura, y el que no la puede echar de dentro, hacerla de su piel, de su carne y de su sangre, se reviste de la primera que encuentra sobre un cadáver. Y no hay hipócritas. El que cree fingir no finge, y ni siquiera engaña con su fingimiento. Le digo que no.

Yo.—Bien, ¿y qué idea nueva saldrá de todo esto?

EL.—¿Idea nueva? ¿Y qué es de idea nueva? ¿Es que hay ideas nuevas? Ni hay ideas ni hay almas nuevas. Cuando empezó este nuestro mundo había las estrellas que hoy hay y las almas y las ideas que hay. Cambian las almas de cuerpos, pasando de unos en otros, y hacen distintos hombres y cambian de palabras las ideas haciendo distintos pensamientos. La misma alma en dos ó tres cuerpos distintos hace dos ó tres hombres distintos, y la misma idea en dos ó tres palabras hace dos ó tres pensamientos. La misma cosa dicha en diversos idiomas se hace cosas diversas.

Yo.—Filósofos ha habido para sostener que no hay más que una sola alma repartida entre los diferentes hombres.

EL.—Sí, y una misma idea repartida entre las diferentes manifestaciones ó representaciones de ella.

Yo.—Eso me huele á hegelianismo.

EL.—¿No le dije que, merced á la guerra, metafisicábamos ó hegelianizábamos todos?

Yo.—¿Es lo mismo acaso metafisiquear que hegelianizar?

EL.—¿Claro está!

Yo.—Entonces todos nos estamos, en cierto modo, prusianizando...

EL.—¿No ha arrastrado Prusia á todos á la guerra?

Yo.—¿Sí!

EL.—Pues ya ve que si, para acabar con la guerra, han tenido que hacerla aquellos á quienes se les llevó, bien á su pesar, á ella, para acabar con la metafísica tendrán todos que metafisicar.

Yo.—¿Y acabarán con ella, con la metafísica?

EL.—¿Antes con la vida!

Yo.—¿Y acabarán con la guerra?

EL.—Con ésta, con la que llaman esta guerra, sí; pero con la guerra no! Se acaba con una vida, con la de este ó aquel, como se acaba con un hombre y con un pensamiento, con la encarnación de un alma en un cuerpo ó la de una idea en una palabra, pero con la vida no se acaba, como no se acaba con un alma ni con una idea. Y así no se acaba con la guerra. La vida, la guerra, el alma y la idea son inmortales.

Yo.—¿Y la muerte y la paz y el cuerpo y la palabra?

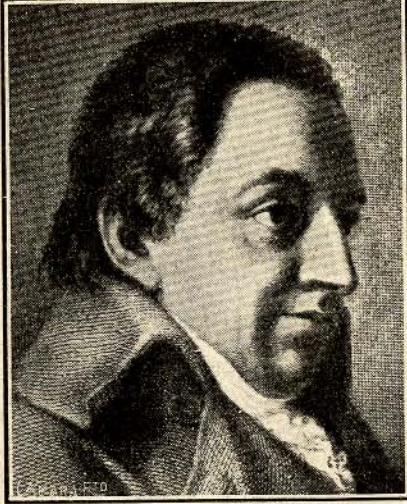
EL.—También son inmortales. Pero es porque no pueden morir.

Yo.—¿Y los otros?

EL.—Porque no deben. ¡Dios no debe morir!

Y dicho esto, volví á fundírseme en la niebla.

"Nuevo Mundo, Madrid"



23 marzo 1917
FICHTE
Filósofo alemán